

El Burladero

EL GRAN OLVIDO

Por Víctor MÁRQUEZ REVIRIEGO

COMO la actualidad política se trasladó a Barcelona este fin de semana, los cronistas de sociedad se entretuvieron en comparar a las dobles parejas **Anguita y Ribó**, por la izquierda y **Aznar y Pujol**, por la derecha. Una pregunta que se hacían era la siguiente:

¿Se llevan mejor Aznar y Pujol que Ribó y Anguita?

Estos días parece que ha resultado más cálido, o menos frío, el encuentro de la pareja de izquierda que la de derechas. Al menos en su principio, Anguita



Adolfo Suárez

y Ribó estaban vacunados contra la discordia y andaban tan en el cielo de la concordia, o de lo concordante, que el coordinador de Izquierda Unida recurrió a la crítica de música, acaso celestial, y habló de lo bien que le sonaba el texto de la gente de Ribó (su música) y también dijo que estaba en sintonía con él.

Pujol y Aznar se reunieron en una biblioteca, pero no para leer textos, sino para reparar hechos. No fueron lo suyo músicas celestiales, sino cuestiones terrenales. El único del ámbito de Aznar y Pujol que aquella noche del viernes estuvo en el cielo fue **Adolfo Suárez**, al que los españoles someten ahora a una especie de canonización a plazos y en vida. Si el político de la transición no fuera hombre dado a olvidar pasados agravios, podría preguntarse hoy: ¿cómo es posible que tanta gente me quiera ahora tanto y hace quince años yo no pudiera darme cuenta de eso porque todos me dejaron solo?

Sería largo de explicar cuya sea la causa, pero si un efecto de ella y de otras tantas cosas parecidas a ésta. El otro día en la publicación del adelanto abecedario del libro de **Díaz Herrera** e **Isabel Durán**, aparecía aquí un epígrafe atroz: «De la trituradora al crematorio». Se trataba de la destrucción y quema de documentos más o menos comprometedores para el futuro (imperfecto casi siempre, pues el futuro nunca está acabado).

Pero ésa es una explicación particular del hecho. En lo más general, se trata de la destrucción de la memoria, del olvido completo de todo lo pasado. Porque cuando no existe ese pretérito se puede actuar en el presente sin lazos con él, con una libertad de acción total. Después de todo esa fue la muy útil receta que el propio Suárez aplicó en la transición y que los copartícipes con él en la tarea aceptaron por muy conveniente.

Con lo cual resulta que a Suárez le han dado hoy la misma medicina que él usó en sus días de ayer, cuando fue el hechicero de la gran ceremonia. La pócima de la transición fue la amnesia (que tiene la misma raíz que amnistía) y que por lo visto crea adicción, y una vez usada hay que seguir aplicándola indefinidamente. En este otoño de hojas y de libros, me acaba de llegar «Frente a la Gran Mentira» de **Antonio García-Trevijano**, todavía sin leer. No sé si la forma más piadosa de mentira no será el olvido precisamente.

Cuaderno de notas

EL PORTERO

Por Lorenzo CONTRERAS

NO es que bordeen la insolencia. Es que están en ella, en la completa avilantez. Los nacionalistas catalanes y vascos han confundido la defensa de unos derechos constitucionales con la posesión monopolizada de la verdad política y, por ello mismo, de su interpretación. Han logrado que el funcionamiento del Estado, ese concepto que niega la Nación con mayúsculas, se convierta en una eterna provisionalidad sin respiro. Son los aduaneros de España, como en el siglo XIX lo fueron los carlistas con los visitantes que bajaban por las llanadas de Alava. Nadie pase sin hablar al portero. Es el título de un artículo de Larra. El nacionalismo periférico es el portero, el portero que nos han dado los errores e impremeditaciones de don Adolfo Suárez, el de la gloria tardía, el de los homenajes continuos, el de la «tabla de quesos», el de las diecisiete autonomías que pretendieron igualar a las Españas y sólo consiguieron potenciar los insaciables «hechos diferenciales».

Vivimos la hora plenaria, las doce en el reloj del espíritu comarcal. España, lo que de ella queda, tiene que pagar peaje todos los días. Un precio de mercado negro para que dejen gobernar a Madrid. Pero gobiernan ellos, los comarcales. Han

puesto el arancel por las nubes. El arancel político con su expresión social y económica. Y fiscal, por supuesto.

¿Para qué enumerar? Digamos solamente que en los últimos días, casi en las últimas horas, han lanzado dos observaciones desafiantes. En realidad, dos avisos o advertencias. Una en Barcelona, por parte del «Ubu president», que el señor Aznar ha encajado sin pestañear. Otra desde el País Vasco, por parte

de José Antonio Ardanza, el «lehendakari», la voz de su amo, ya se sabe de cuál. En la capital de Cataluña, cuando el presidente del Gobierno español se las prometía felices, Pujol ha calificado de «ingenuidad» que su hipotecado socio dé por estable el «pacto de investidura», ese acuerdo que «iba» a garantizar la «governabilidad» hasta las próximas elecciones generales. Le ha dicho a su huésped central que se vaya con cuidado, así, literalmente; es decir, que hay que pagar el peaje cotidiano y sus inesperados complementos, los que surjan.

Y acababa el «molt honorable» de condicionar decisivamente la elección para la presidencia de la Sala Segunda del Tribunal Supremo. Y había estado a punto de arbitrar a su gusto el futuro de la minería del carbón, sin el menor reparo social. Y tiene en sus manos la autonormación fiscal. Y va a determinar, con sus escasos votos, una nueva y más irritante reforma del mercado de trabajo. Más lo que venga. Que vendrá.

¿Y qué decir de Ardanza, el portero de Vitoria? En vez de mostrar mala conciencia por la negligencia de la Ertzaintza, a propósito del secuestro de Delclaux, su falta de colaboración con las Fuerzas de Seguridad del Estado, dice que es el Estado, su fuerza representante, quien tiene que supeditarse a la primera.

De la autonomía a la soberanía. Y a callar. ¡Y a pagar, leñe!



MARTÍN MOLINA